

---

# Malinche

Fernanda Núñez

**M**ás que el cuerpo de los americanos —rápidamente aniquilados por el fuego y el hierro de los conquistadores—, el cuerpo de las mujeres americanas fue encontrado, conquistado, negado. El cuerpo de las americanas posibilitó La Historia Americana, pero la historia, que les debe tanto, se olvidó de ellas. En los textos de historia que hemos leído en México hay una ausencia palpable: la de la Malinche. Resulta interesante que la mayoría de los estudiosos hayan dejado de lado una investigación profunda sobre esta mujer y, en vez, la utilicen como una figura discursiva retórica y ambigua. Así la Malinche se ha vuelto el punto de referencia para el “malinchismo”, este rasgo psicossociológico que se decía era un componente negativo del carácter de los mexicanos. Tal vez ahora ya no cuenta tanto el malinchismo, probablemente porque las generaciones actuales entran sin complejos a la modernidad. Las nuevas generaciones de mexicanos de la clase media —las que producen y reproducen las ideologías y los sistemas de representaciones colectivas—, tienden a alejarse de las posiciones de sus mayores. Los mexicanos de hoy, los que construyen al país, los que viven y producen nuevas formas de convivialidad y de identidad, viven el malinchismo como una pasarela hacia la modernidad, frente a una ideología política nacional caduca.

Pero la vieja estructura de representación de la mexicanidad resiste, grita, patalea desesperadamente, sabiéndose herida de muerte. No crean que pensamos que el conjunto de los mexicanos no tenga posibilidades de construir un nuevo proyecto nacional, o que haya que vender al país al mejor postor, sólo queremos decir que la emergencia de este nuevo México, al cual se aspira desde hace unos 20 años, está entorpecida, bloqueada por un ambiguo discurso de la mexicanidad que distrae los esfuerzos colectivos. Uno de los elementos importantes de este teatro de la representación nacional que el estado ordenó, codificó y dirigió desde hace 50 años, para su política de masas y el provecho exclusivo de

una reducida clase social, lo constituye el discurso nacional histórico-antropológico. En este conjunto de imágenes estereotipadas, los héroes nacionales —guerreros aztecas, caudillos independientes y jefes revolucionarios— ocupan todos los sillones, dejando sólo de vez en cuando un banquito a una que otra figura femenina.

Estas heroínas no llegan a ser héroes nacionales, no sólo por un problema de gramática, y solamente llegan al lugar de honor en las ciudades de provincia que las vio nacer, vivir o morir. En el discurso nacional sólo logran ser objeto del discurso de la historia, si abandonando la esfera doméstica, que es la de su sexo, irrumpen drásticamente en el espacio de los hombres, el de la guerra y de la política.

Estas heroínas salen del gineceo, movidas por pulsiones proféticas, que no dominan, y despojándose de sus virtudes femeninas en un movimiento sublime —y a pesar de las limitaciones de su sexo— se alzan a la altura de los hombres. Sólo en esta asunción totalizadora de su ser logran alcanzar a los héroes masculinos. La figura de la Malinche en el discurso nacional es una buena ilustración de este proceso: no se sabe bien de dónde viene, ni cuál es su origen o el de sus padres... y en verdad a pocos les interesa saber realmente quién era la Malinche antes de ser la Malinche, a excepción de algunos peones de la historiografía regional y localista que quieren apropiarse de su figura. La Malinche es una creación de la conquista: en ella se alza por encima de sus contemporáneos americanos, e incluso logra igualar al conquistador, llegando a ser la madre fundadora de una nueva patria.

La mayoría de los estudiosos también le agradecen su modestia y su prudencia cuando —una vez terminada la conquista, fundada la Nueva España y casado Cortés con una insigne descendiente de la nobleza castellana— regresa a la nada y desaparece de la historia donde el destino y el amor de un hombre la había empujado.

Si nos hubiéramos quedado sólo con los testimonios de la mayoría de los “testigos” de la conquista, sabríamos muy poco sobre nuestra Malinche, porque la mayoría de los autores, y particularmente los autores clericales, se refieren a esta figura de la conquista de pasada, con escasas frases, refiriéndose esencialmente al papel técnico que desempeñó como traductora y consejera.

Esto no debe extrañarnos, porque en la historia de la época de la conquista, las únicas figuras activas de la historia son Dios y su corte celestial (y naturalmente el demonio con la suya); de entre los mortales

sólo pueden figurar los que son cercanos a él, y sus representantes en la tierra: emperadores, reyes, papas, obispos, etc. Los simples mortales que aparecen en estas gestas no son más que agentes inspirados por Dios, quien organiza y dirige el gran drama colectivo humano.

Frente a la parquedad de sus contemporáneos, Bernal Díaz del Castillo parece un chismoso imaginativo y prolífico; él dedica varios capítulos a Malinche, e incluso, promueve su reconciliación con su ingrata familia. Para afianzar la verdad bastante retórica de su escrito, Bernal pretenderá que éste se opone de hecho a las versiones mercenarias de la historia que propagaba el propio capellán de Cortés. La pretensión de virtuoso y verídico funcionará y Bernal, durante siglos, será considerado como el testigo privilegiado, el ojo y la memoria de la conquista a quien nada se le escapa y que no tiene otro propósito que el de servir a la verdad. Durante la época colonial, la novela épica que nos propone será recibida como un canto más a la heroica hispanidad y al destino fuera de serie del pueblo español, nuevo pueblo elegido. En esta ascensión epopéyica y apoteótica, la figura de la Malinche hará contrapeso a la del héroe, al caballero victorioso y protegido de Dios.

Durante la Colonia, nuestra Malinche se quedó en el limbo, hasta que el padre de la historia nacional, el abate Clavijero, retomó para su personaje las informaciones que había “recogido” Bernal, dándoles ese matiz precioso que el prerromanticismo europeo de fines del XVIII—después de la lectura de *Pablo y Virginia*— no podía olvidar. En el libro VIII de la *Historia Antigua de México*, en sus “noticias de la célebre india doña Marina” todo parece como un verdadero cuento de hadas “...había una joven, noble, bella, espirituosa y de buen entendimiento nombrada Tenepal, natural de la provincia de...”, pero por desgracia la pobre pequeña princesa se quedó huérfana... y así empieza la triste historia de esta joven cenicienta que Clavijero tomó prestada a Bernal. Como Clavijero escribe todavía inmerso en una historia providencialista, esta aparente mala suerte, esta desdicha momentánea no era más que una artimaña de la divina providencia, necesaria para transformar a nuestra huerfanita en agente activo del advenimiento del cristianismo a América. El abate Clavijero, a pesar de toda su “ilustración”, no puede dejar de admirar el complicado trabajo que emprendió la providencia, incluso mucho antes de la llegada de los españoles al continente, para preparar el puente lingüístico tan necesario a la conquista. Tenepal era viva, inteligente, con una templanza moral muy superior a la de sus coetaneos,

reporta Clavijero, pero estas dotes “naturales” fueron aún más favorecidas por las luces del bautismo cristiano que le permitió no solamente entender pronto los misterios más sublimes de la religión cristiana, sino incluso poder explicarlos a sus hermanos indígenas, e iluminada por el espíritu santo aprendió en poco tiempo perfectamente el castellano. Con tal debut, ninguna duda de que Malinche se consagró rápidamente como estrella en la historia de la conquista. Insiste Clavijero: “fue constantemente fiel y adicta a los españoles y de imponderable utilidad en la conquista, no solamente siendo el conducto de su comunicación con los mexicas, los tlaxcaltecas y las demás naciones del Anáhuac, sino preveniéndoles de los peligros y sugiriendo los medios oportunos para evitarlos”. Así, el relato del papel de la Malinche en la conquista ya no es el de un mero instrumento, de “traductora”, sino el de artesana real de la conquista: ella piensa, investiga y salva a Cortés, como en la terrible trampa de Cholula.

Pero doña Marina no es sólo sublime en la guerra y la adversidad; su grandeza moral se devela también en la paz, como cuando otorga un filial perdón a su ingrata madre. Y está claro que Clavijero no podía silenciar este episodio tan lleno de lecciones morales:

En el año de 1524, tuvo ocasión al pasar por su patria de ver a su madre y hermano, los cuales se le presentaron bañados en lágrimas y temerosos de que hallándose con la protección de los españoles en tan grande prosperidad, se vengase del agravio que recibió en su niñez, pero doña Marina los acarició y consoló dando a conocer que su piedad y su generosidad no eran inferiores a las demás prendas con que la dotó el cielo.<sup>1</sup>

Clavijero no puede afinar más su retrato de nuestra dama y deplora la poca información que se tenía en su tiempo sobre la vida de la Malinche después de la conquista, pero concluye que además de todas sus dotes y su obra, el principal y verdadero título de gloria de Doña Marina sería el de haber sido la primera cristiana del Imperio Mexica.

Ensalzando la figura de Doña Marina, Clavijero no sólo retoma a Bernal; si el propósito anunciado de su obra es responder a De Paw y a Robertson, tiene que demostrar que unos seres auténticamente americanos pueden tener dotes morales verdaderas y son capaces de firme-

---

<sup>1</sup> Clavijero, Francisco Javier: *Historia Antigua de México*. Edit. Porrúa, México, 1976, p. 300.

za, perseverancia y raciocinio, al contrario de lo que pretendían esos autores.

Con la Independencia y la creación de una cultura nacional, los odios hacia la traidora aparecieron; la figura de la Malinche fue objeto de calumnia y de desprecio, e incluso se fue desdibujando. Su actuación sólo encontró excusa en la naturaleza misma de su sexo; del Olimpo, Malinche regresó a su postura de ser inferior, de mujer, y sólo así se le pudo perdonar. Su traición era únicamente el desdichado fruto del irresistible amor que estas criaturas débiles experimentan inevitablemente frente al macho violento y dominador. La historia nacional tenía sexo y pretendía mostrarlo: los héroes nacionales serían hombres y nada más.

En esos años difíciles de emergencia de un proyecto nacional, durante los cuales cualquier hombre audaz podía esperar ser algún día general y someter a su región o al país entero a su voluntad, en los que las luchas de las facciones imponían una política al día, la reflexión historiográfica no podía florecer sino a través de los testimonios muy parciales y amañados de los panfletos políticos. Engachada así era más bien difícil construir una historia nacional; el odio ante la presencia española que había sostenido 20 años de lucha tenía que dejar huella en una historiografía de la conquista.

Durante las primeras décadas del siglo XIX, el tema de la conquista quedó mas o menos vedado, ya fuera porque los intelectuales de aquellos tiempos eran confrontados con problemas económicos o políticos más inmediatos, o porque nadie tomaba el riesgo de escribir sobre una época que no acababa de morir definitivamente. Ese vacío historiográfico explica probablemente el éxito que en México tuvo la aparición del libro de Prescott sobre la conquista de México.

Prescott terminó su libro en 1843 y desde su publicación la obra tuvo muchísimo éxito tanto en Europa y Estados Unidos como en México. En nuestra capital, dos editores empezaron rápidamente la traducción, y el cuidado de las notas se encargó a dos eminentes intelectuales del momento, Lucas Alamán y J. E. Ramírez. No solamente el público en general respondió favorablemente; es notable la influencia de este texto en las futuras generaciones. Cada uno a su tiempo, Orozco y Berra, Alfredo Chavero, así como también Genaro García, Carlos Pereyra, Antonio Peñafiel, Justo Sierra y muchos otros confesarán la importancia para su formación del magno libro de Prescott. En sus notas a la edición capitalina de Cumplido, J. E. Ramírez explica el vacío historiográfico en el cual

se encontraba la cultura nacional emergente: dominaba todavía el escenario historiográfico mexicano el antiguo texto de Solís, esa oda a la gloriosa hispanidad, porque los textos de Clavijero o de Robertson no se habían difundido realmente. El de Robertson había sido puesto en el *Index* de los textos prohibidos, y el de Clavijero no había sido aún publicado en español. Otros textos de fines del XVIII, como los de Veytia, Cavo o Boturini apenas acababan de salir de las prensas cuando apareció la obra de Prescott, que de inmediato se consideró como una obra difícilmente superable. J. E. Ramírez expresa el sentimiento común en su época: “modelo perfecto de orden, de claridad, de filosofía y monumento auténtico de la infatigable diligencia y laboriosidad del autor”.<sup>2</sup> Según este autor, Prescott “se propuso hacer a los vencedores y a los vencidos la imparcial y severa justicia que no habían obtenido, ni podían esperar de la interesada pluma de Solís, ni de la perseguida y oprimida de Clavijero. El historiador americano lo ha desempeñado en general no sólo con acierto sino con tal belleza y lujo de ideas y de lenguaje...”.<sup>3</sup> Este brillante homenaje no le impide a Ramírez ser crítico y reprochar a Prescott su entusiasmo épico en la descripción del actuar de Hernán Cortés, así como tampoco está muy de acuerdo en el juicio del carácter intelectual y moral que hace el bostoniano de los pueblos aborígenes americanos.

Los prejuicios occidentales sobre los americanos y sobre “los otros” en general no datan solamente del “descubrimiento y conquista de las Indias”. Este profundo desprecio, que proviene de la autosuficiencia y la autocomplacencia occidental hija de su concepción del mundo y de su devenir, precede en gran parte a los descubrimientos del siglo XVI. Sin entrar en el detalle del análisis, podríamos decir que esta actitud está ya presente en el logocentrismo helénico, así como en la pretensión hebraica de la elección. Tomando en cuenta esta herencia era muy difícil que Prescott escapara totalmente a estos prejuicios, pero hay un mundo de diferencia entre su idea del aborígen americano y la contenida en la mayoría de los discursos elaborados durante el siglo XVIII sobre este mismo americano: en Robertson o en De Paw para citar los más notables.

---

<sup>2</sup> Ramírez, José E: *Notas y Esclarecimientos a la Historia de la Conquista de México de William H. Prescott*, Edit. Porrúa, México, 1976, p. 659.

<sup>3</sup> Ramírez, José E: *Ibid.* p. 659.

En unas cuantas frases, Ramírez nos muestra este eurocentrismo en acción:

El señor Prescott ha empujado la pluma para escribir la historia de bárbaros, palabra que alterna con la de salvajes, campea en todo su discurso de la historia, escoltada por otras del mismo temple. Siendo un ejército de bárbaros el que lucha contra los invasores, sus gritos de guerra deberían tener la misma denominación que los de un pueblo culto: por consiguiente, los mexicanos lanzaban aullidos, y sus ejércitos, por lo común, no se replegaban ni se retiraban, sino que huían. La fuerza misma del lenguaje técnico exigía también que su indomable valor se apellidara “furor rabioso” y que aquellos innumerables y estupendos ejemplos, raros en la historia del mundo, que presentaron abnegación y heroísmo, se explicaran no como una inmolación voluntaria inspirada por el santo fuego de la libertad y de la patria, sino como el brutal efecto del encono, del odio y de una ferocidad irracional.<sup>4</sup>

Como perfecto conocedor del conjunto de informaciones históricas accesibles en su tiempo, y frente a la escasa información sobre la Malinche y sobre muchos detalles del encuentro americano, el bostoniano no duda en seguir en casi todo a Bernal. Esta obra tiene todo para seducir a un erudito romántico admirador de Sir Walter Scott: monumental, simpática, colorida, llena todavía, tres siglos después, de ruidos y furores guerreros.

Las dos obras, la de Prescott, sabio historiador bostoniano, y la del viejo soldado conquistador se apoyan mutuamente, y el norteamericano relanza sistemáticamente el brillo y el movimiento epopéyico que ya le había dado Bernal.

Así, la Dama de la Conquista no sólo habla la lengua mexicana, sino que “la hablaba con mucha elegancia” e incluso posee “una suave y hermosa voz”. Doña Marina ya no es sólo la mecánica intérprete que recuerdan los cronistas; ahora es “el ángel bueno de la expedición” y ya no es extraño que su angelical voz tenga el privilegio y el poder de espantar a los demonios y alejar los peligros.

En el calor del combate, a un Cortés exhortando a sus rudos soldados, responden los cantos melodiosos de Marina que manifiesta su nueva fe cristiana. En el clímax de la batalla, responde al jefe cempoalteca, quien desespera por la victoria: “el dios de los cristianos está con nosotros, y él nos conducirá salvos y seguros”.

---

<sup>4</sup> Ramírez, José F., *Ibid.*, p. 662.

Como en el relato de Bernal, ella mueve la historia y descubre a los espías tlaxcaltecas en la traición de Cholula. Todo su actuar es el de una verdadera dama: vive con un numeroso séquito, recibe doncellas para su servicio y finalmente se alza por mérito propio al lado del gigante Cortés.

Engrandecer tanto a Cortés y a Marina como pareja mítica de la gesta de la conquista acarrea algunas dificultades a nuestro muy serio historiador norteamericano, porque no puede creer en la súbita desaparición de su heroína como personaje novohispano, sobre todo si se considera su papel sobresaliente e incluso el hecho de haber tenido un hijo de Cortés. Por eso tiene que inventar un “happy end” para ella, y nos cuenta cómo, reconciliada con su familia —episodio sacado de la manga de Bernal—, gozando de la dote, mercedes y riquezas que Cortés, agradecido, no pudo menos que ofrecerle el día de su boda con Jaramillo, Doña Marina regresó a su provincia natal, rica, considerada, honrada, y envejeció en medio del amor de súbditos felices y de una numerosa prole.

En las décadas siguientes, el peso de la figura de la Malinche subía o bajaba, dependiendo de si los autores hacían caso a Bernal o no, pero el balance era en general positivo, porque la figura retórica de la Malinche tenía poco que ver con la problemática indigenista que empezaba a atormentar a los grupos dirigentes del país. El indigenismo de fines del siglo no veía contradicción entre una recreación de Cuauhtémoc y una romántica Malinche esperando ansiosa el regreso del amado.

A decir verdad, el color de la piel de nuestra Malinche tampoco ayudaba mucho para su reconocimiento como héroe nacional en tiempos en los que se ponía precio a las cabezas de los últimos apaches. Ser mujer y para colmo indígena era mucha desventaja para la carrera hacia el panteón nacional.

La historia de la Malinche en este siglo es más complicada, y a veces bastante confusa, como la ideología del mestizaje que daba coherencia a muchas prácticas culturales oficiales. Pero esto sería otra historia y la dejaremos para otra ocasión. En este siglo XX no solamente no logró los laureles, sino que se bautizó con su nombre a este complejo de inferioridad el cual, se decía, padecieron algunas generaciones de mexicanos. Desprestigiados los heraldos de esta arcaica formulación nacional, la figura de la Malinche, liberada, está lista para nuevas andanzas.



*Adiós Malinche, madre y hermana*

El esbozo de análisis de las representaciones literarias construidas alrededor de la Malinche muestra que no existe una, sino muchas maneras de ser Malinche, como hubo desde la Independencia muchas maneras de ser mexicano y muchas maneras de escribir la historia de este país.

Si escribir la historia fuese sólo un problema de voluntad y de fantasía individual, de pura estética —"l'art pour l'art"—, habría poco que decir, todo sería permitido. Y nuestra Malinche podría así entrar en un convento, lo que explicaría parte de su desaparición de las fuentes coloniales, o irse de turista —o buscar lejanas raíces— con el galeón de Manila, o participar, como espía o misionera, en la toma de Cuzco. La práctica historiográfica sólo se justificaría por el ingenio y el brillo de la imaginación y su presentación; pero la historia, lo queramos o no, es algo muy fuerte, muy peligroso, algo que se tiene que manipular con las máximas precauciones, por los procesos de identificación que conlleva y las dinámicas sociales ambiguas y explosivas que puede generar.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Véase en esta revista el artículo de Guy Rozat